



Bajo la mirada ausente, el río manso y callado de los sueños de María Luisa: no hubiera sido prostituta de haber tenido escuela...

Barrio Chino

MARIA LUISA, UNA SOÑADORA

MARIA Luisa recordará aquel frío día madrileño de 1946 desde un pequeño bar de la zona más degradada del Barrio Chino barcelonés. Ha cumplido los cincuenta un domingo de esta primavera, y lleva doce años en Barcelona, donde llegó procedente del Barrio Chino de Valencia, y antes de Madrid, y antes de un reformatorio de Santander, y antes también de Madrid, y al principio de su vida de un pueblecito de Orense que cae por Viana del Bollo.

Cuando se bajó del tren en la estación de Francia se fue directamente a una callejuela de la parte baja de las Ramblas; entró en un bar y pidió estar allí; al día siguiente se dio de alta en Sanidad...

Estuvo en la calle Robadors y después en la calle Unión, en plena calle Unión, trabajando en la acera con un paraguas abierto para que los vecinos no le abrieran la cabeza de un botellazo, a

El comisario de Policía que le dio veinte duros para comprar dos botes de leche —entonces valían diez duros en el estraperlo— ya se lo dijo bien claro: "Toma esto y vete. Pero me temo, muchacha, que vas a terminar de prostituta, porque yo no veo cómo vas a salir de ésta con los tiempos que corren y con un chiquillo en brazos". El señor comisario no se equivocó.

MANUEL CAMPO VIDAL

ella o a su cliente. Igual tiraban bolsas de agua que patatas; gritaban desde las ventanas hasta que venía la Policía y vaciaba los bares con mil personas mirando desde el cruce de las Ramblas. Al final cerraron los dos "meublés" que había por allí y ella pasó a una calle más pequeña, en los mismísimos intestinos del barrio, donde se la encuentra ahora.

Allí parece respetada, apreciada incluso. A veces se ausenta y hay que esperarla una media hora. Sus compañeras dicen que "ha ido a ocuparse, pero en seguida volverá". No tiene chulo

que la proteja ni lo invoca. Se vale sola. En Valencia la merodearon algunos candidatos. Entonces era más joven, pero se hizo pasar por lesbiana y terminaron por dejarla en paz.

Tiene amistades fijas que cuando la necesitan saben dónde encontrarla. Allí, donde siempre. Cuando ha sufrido un traslado forzoso, de una calle a otra, la han seguido. Es gente joven en su mayoría; catalanes, más bien. Los considera educados porque la respetan; es gente civilizada y limpia que sabe apreciar su higiene en un barrio en el que tan poco abunda. A los catalanes

nunca les pide el dinero por adelantado antes de atenderlos, y a veces ni precio. Jamás le han gastado una jugarreta.

Ella casi siempre les pregunta lo mismo para romper el hielo cuando son nuevos: "¿Es catalán?". También los hay andaluces, obreros y empleados, en su mayoría. Respetan a la mujer y no como los burgueses que la humillaban cuando trabajaba en Madrid en sitios distinguidos. El catalán le ha dado buenos consejos y le ha enseñado la seguridad que proporciona el ahorro. El andaluz no paga: busca una puerca para romper la despersonalización del dinero. Algo así como "no te lo doy por pagarte, no creas, que con esto no alcanzo a pagar tu compañía, María Luisa".

El valor de hablar

Emerge del miedo del Barrio Chino como una luz. Y al final habla con valor en un barrio en

el que hay que entrar sin lengua porque nadie contesta.

'Hay miedo, perdona, porque las chicas no quieren ir a la cárcel. Está ahí la Ley de Peligrosidad y aquí se acuerdan todas del año setenta y dos. La Policía entraba a saco en los bares: 'Tú, tú y tú también'. Nadie recuerda tanta represión. Las que tenían dinero pagaban la fianza y las otras seguían en la Modelo. Nos han tratado siempre como a delinquentes, pero en aquellos días, peor, como a animales. Ahora llevan una temporada tranquila, pero cualquier día empiezan. ¿Por qué? Por política seguramente. Lo harán por justificarse, les apretarán por arriba, algo político. Yo no he tenido problemas. Paso todos los días por delante de la Comisaría. Saludo y me saludan. Si alguna vez me hablan, al final les digo: 'Gracias por su indulgencia'. Ya está. Sí, una vez me detuvieron. Pedí que me dejasen llamar por teléfono porque mi hija la pequeña estaba al llegar a Barcelona y entonces aún no sabía lo mío. Le costó mucho aceptarlo, pero al final fue posible. Ella entiende que yo no me he prostituido como mujer, sino como madre, por necesidad'.

Pero el miedo no se refiere sólo a la Policía, que cualquier día temen que pueda volver a por ellas. Cada prostituta tiene miedo, además, de su propio protector. No pueden combatir a solas su propia soledad, la tremenda soledad que sienten, y necesitan a alguien que las proteja. Si no las dejan entrar en un bar en concreto por lo que sea, el protector lo exige. La cadena de miedo sigue hilando violentamente a todos los actores con papel de cada Barrio Chino. Y todo en el más absoluto de los silencios, porque nadie quiere que le "pinchen". Pero María Luisa siempre defiende a los proxenetas que conoce porque a ella la han respetado y porque los considera también unos marginados.

En el bar no se puede hablar a fondo. Cualquier referencia a la raíz de los problemas e incluso a la prensa es "hacer política comunista". Las prostitutas que pronuncian esa acusación no lo dicen con toda la carga de intención; simplemente les suena a que pueda tratarse de algo de eso.

Nadie ha podido jamás unir las, aunque María Luisa lleva años intentándolo. Sólo una vez, la competencia, en cierto modo, unió a un sector de ellas por una tarde. Al final de la calle Robadors estaban los bares de las "francesas", que se fueron después de aquella manifestación espontánea que las echó. Una española dijo: "¡que se llevan el dinero español para Francia!", con una conciencia antievasión



Juntas, sí; pero jamás unidas, a pesar de los reiterados intentos de María Luisa. En la foto inferior, el escenario de esta profesión tan antigua como el mundo.

A. KRIEGL

Los Comunistas Franceses
600 ptas.

COLECTIVO YENAN

*Marxismo-leninismo
y Revisionismo frente
a la Crisis Económica*
250 ptas.

L. MARCOU

La Kominform
500 ptas.

S. de BRUNHOFF

Estado y Capital
350 ptas.

P. ROBINSON

*La Modernización
del Sexo*
390 ptas.

G. BERLINGUER

Malaria Urbana
600 ptas.

G. E. WELLWARTH

*Spanish Underground
Drama*
300 ptas.

G. BATAILLE

Lo Imposible
250 ptas.

G. BACHELARD

*La dialéctica
de la duración*
300 ptas.

EDITORIAL VILLALAR
C/ Puerto Rico, núm. 3
MADRID - 16.

que sería deseable para algunos financieros.

Algunos partidos merodean el problema, pero terminan por reconocer su impotencia para echar raíces en un medio tan difícil. Y seguramente no saben que detrás del silencio y del rechazo por la política hay algún síntoma de expectativa que puede transformarse incluso en esperanza, porque si el "partido" o el "sindicato" las protegiese, tal vez no necesitarían otras protecciones y serían algo más libres. Son sueños. Quizá dentro de veinte o treinta años...

Hija de la posguerra

María Luisa es soñadora. A los catorce años soñaba con cinco mil escuelas para su país. Ahora sueña con tomar la calle. Tal vez con una bandera española, porque cree que así la Fuerza Pública frenaría en seco, o quizá mejor con una blanca, encabezaría una marcha para pedirlo todo de una vez: que no se las trate como a delincuentes, que alguien las proteja, que alguien se ocupe de sus hijos, que se monte una escuela para ellas, quien sea, el Gobierno o la "Generalité", ¡qué más da!

Nadie le quitará jamás de su cabeza que si hubiese tenido escuela no hubiera sido prostituta. Que si las madres solteras no hubiesen sido defenestradas en aquella sociedad de la posguerra religiosa y fascista, ella no se hubiese visto obligada a meterse en las cloacas. Pero fue inevitable: el novio la dejó encinta y ella no cree en el aborto, aunque después ha evolucionado y lo acepta en otros. A su padre, "cabo de la

MARIA LUISA

Seguridad', lo mataron en la carretera de Vicálvaro por espía de Franco, "de Fanjul", precisa. ¿Qué otra cosa podía hacer con una criatura en brazos?

Trató de dejarlo y se metió de florista, pero no daba para vivir y sólo querían acostarse con ella. Entró a trabajar de camarera en una residencia de la calle Gaztambide, número 11, en Madrid, pero al cabo de un tiempo se enteraron que había sido prostituta. No lo negó, porque no se avergüenza, pero los dueños sí, y tuvo que volver después de cinco años a lo que no considera un trabajo, sino una humillación; para la que recibe y para el hombre que da. Lo mismo.

Todas las chicas en pie

Considera que un Barrio Chino es lo más degradado que existe, lo más horroroso. Ella ha tratado de sanear su espacio. Está obsesionada por la higiene. Conoce todas las especialidades de las infecciones y toma constantemente precauciones adicionales. Cuando hace años cerraron casi todo y quedaban pocos "meublés" se llevaba ella misma una sábana porque aquello no lo cambiaba nadie. Cuando sospecha que puede adquirir una infección sabe decir que no: "Lo siento, no puedo atenderte", ha tenido que decir alguna vez. Y si de su bolsillo tiene que soltar alguna propina en los "meublés", "hace correr el carrito".

"He vivido desilusionada durante mucho tiempo y he tardado veintiocho años en encontrar-

me a mí misma", dice. Sin haber leído demasiado, a base de preguntar lo que no entendía, ha desarrollado una gran afición por la psicología y por la política. Cree que hay demasiados burgueses infiltrados en los partidos proletarios. Tiene una frase para cada político. Carrillo debería dar paso a otro más joven; Felipe le parece muy señorito; Fraga cree que como hombre está imponente, pero como político es un dictador. Está convencida de que vamos a una revolución en tres o cuatro años como no arreglen pronto lo del paro.

Su intuición es la que le explica aspectos incomprensibles de la actuación de la Policía. "En Valencia —recuerda— la 'madame' nos hacía pedir para el cáncer y entregarlo en la mesa petitoria del jefe superior de Policía, porque así luego no se metían con nosotras".

Antes de retirarse quería ver un destello de unión en el barrio. Hasta tiene pensado el cine en el que podrían celebrar su mitin y quizá fundar su sindicato. Para casarse no le han faltado oportunidades; pero cuando encontraba un hombre maravilloso o estaba casado o era mucho más joven que ella. Sólo se casaría con un idealista. Por eso, por todo, la ilusión que de joven tenía por las escuelas quería ahora verla realizada. Que un día sus compañeras salieran de sus caparzones, que reaccionaran contra su marginación, que se levantaran como una sola, que dejaran de estar oprimidas, que construyeran su sindicato... "Soy una soñadora", concluye. ■ Fotos: PEPE ENCINAS.



"La cadena de miedo sigue hilando violentamente a todos los actores con papel de cada Barrio Chino".